

Ved una selva virgen de América. Allí crecen los árboles á bastante distancia uno de otro; pero se elevan constantemente á los rayos del sol, y llegados á su total altura, esparcen un bosque de ramaje en su derredor; juntan sus copas, y enlazadas unas con otras, reúnen simpáticamente su fragancia y murmullos. Ya no hay allí para el ojo que mira desde arriba un árbol ni otro árbol, un cedro ó una palmera: la selva ondea por completo, como un Océano de verdura movido por el soplo de Dios, que mece dulcemente las flores y los frutos, entre los amorosos arrullos salidos del lecho nupcial del ruiseñor y la paloma. Belleza, amor, poesía, abundancia, todo está allí dispuesto á la vista como para una fiesta perpétua de la naturaleza. Empero, debajo de tan magnífica bóveda, ¿qué es lo que veis al pié de los árboles, en el punto de su separación? Una oscuridad eterna cargada de miasmas deletéreos, y una tierra sin flores poblada de reptiles.

IX.

A tener mi palabra alguna autoridad, yo diría al Estado, sin preocuparme por su forma de gobierno, ni por el carácter de sus habitantes: «Da aire y luz al alma religiosa, que en el día está reconcentrada en sí misma por falta de espacio y de libertad. La indiferencia pesa sobre nosotros como la atmósfera pestilente de un calabozo. Sácanos de aquí pronto, porque nos ahogamos. Somos creyentes de pura raza: devuélvenos el Dios de nuestra inteligencia.»

Por lo demás, no le diría al Estado: «Este es mi derecho;» porque quizás no me comprendería: le diría simplemente: «Este es tu interés. La libertad religiosa despertará en todas partes el sentimiento religioso, adormecido aun en la mitad de la nación, y el sentimiento religioso, aumentado por la fraternidad, y vigilado por sí mismo, desarrollará la moral en el hombre, facilitando por consiguiente las atribuciones del poder. Allí donde el poder encuentra mas virtud, encuentra al mismo tiempo mayor seguridad. El tiempo vuela: á qué aguardas? Las almas se agitan en el vacío: encamínalas al cielo, y la democracia, extraviada en su camino por tanta oposición, habrá por fin hallado la verdadera fórmula: la religion por la libertad, y la libertad por la religion.»

Los indicios del tiempo parecen presagiar una nueva redención. Mirad sino: un relámpago acaba de surcar el horizonte: el velo del templo se ha rasgado de nuevo. Allí, en el misterioso Oriente, destinado desde los primeros siglos á profetizar todas las crisis de la humanidad, las cuatro religiones de Europa, á impulso de no sé qué fuerza desconocida, se

han reunido en la guerra de Crimea. El protestantismo y el catolicismo, unidos como hermanos, han defendido mutuamente... ¿á quién? Al mahometismo. ¿Y en dónde? En la tierra de las cruzadas, pisando el polvo de los mártires. ¡Ah! es que fueron á Oriente á defender, sin sospecharlo, algo mas sublime que todas las formas religiosas del mundo: fueron allí para vindicar la moral eterna de todas las religiones, y tal vez tambien para preparar su concordia futura, colocando delante de todas ellas un ideal supremo de justicia.

X.

Los indicios de los tiempos, ¿nos engañarían acaso como las ilusiones de nuestro espíritu? Los presentimientos del siglo, ¿se parecerían tal vez á aquellas aves de paso, que en alas de un viento glacial, y en un orden matemático, atraviesan bajo el pálido cielo de otoño, solo para cruzar rápidamente de uno á otro horizonte y desaparecer de nuestra vista?

Tengamos valor para dudar. Cuando los hombres de fé viven esperando de un momento á otro oír sonar la hora de la redención, esta misma expectativa atestigua una enfermedad ó una esperanza. Pues bien: de estas dos cosas, ¿por qué preferiríamos quedarnos con la enfermedad?

XI.

«¿De qué serviría actualmente una nueva evolucion religiosa? se me preguntará quizás; ¿será para adquirir el derecho de orar en comun? ¡Orar!... ¿de qué modo? ¿Pidiendo á Dios lluvia ó buen tiempo, segun las necesidades de nuestros campos ó de nuestros viñedos? Esto no es mas que un acto de mendicidad, que tiende á negar á Dios mas bien que á conocerle; porque siendo Dios infinito, no puede obrar sino infinitamente bien, segun su naturaleza.»

¡Oh! no, no: orar, para el verdadero creyente, es buscar la verdad en Dios; es establecer la armonía entrè nuestra alma y el alma del universo; es penetrar los misterios de la divinidad por medio de la creencia, y ejecutar sus preceptos por medio de la virtud.

Platon cuando piensa, reza: Képler ora cuando descubre el cielo: Washington reza al fundar una gran nación: el obrero tambien eleva plegarias al Eterno cuando trabaja. Todo pensamiento grande, todo descubrimiento importante, es en realidad una plegaria, una entrevista con la Divinidad.

En tanto, suceda lo que quiera; soplen ó no los vientos de Poniente ó Levante, cuando el hombre ha elevado su espíritu hasta el cielo, parece que ha estipulado un pacto con lo infinito; que ha adquirido un derecho sobre la eternidad. Ya la muerte lo tiene para él nada de espantoso, puesto que no es mas que el descanso en la tumba; un entreacto, y nada mas. Una mano invisible levanta nuevamente el telon, y prosigue el espectáculo.

Una noche me detuve en la cima del Coliseo. La luna habia desaparecido hacia largo rato. Un silencio profundo reinaba entre aquellas inmensas ruinas que llevan aun el nombre de ciudad eterna. El Campo-Vaccino, sepultado en la sombra, asemejábase á una mar tranquila, en medio del cual blanqueaban como islotes pedruscos de mármol corroidos por la accion del tiempo. Ningun ruido se percibia en derredor: todo estaba mudo como un cementerio. Creia que la hora en que suele despuntar el alba habia sonado ya, y no obstante, la luz no aparecia.

En el momento en que dudaba de la llegada del dia, ví repentinamente una lista blanca flotando sobre los montes de la Sabina. Vapores trasparentes subian hasta el cielo desde la profundidad de los valles, cual el humo de un incensario. La aurora iba á nacer: sus primeros destellos atravesaban ya las tinieblas; las columnas solitarias del templo ruinoso de Júpiter Stator salieron de improviso de la oscuridad, y el sol, escalando lentamente la cordillera de los Apeninos, inundó con su resplandor la tierra estéril que antiguamente fué Roma. ¿Acaso no es así como al fin de cada siglo nace un nuevo dogma junto, la tumba de antiguas creencias? Como el sol, en el momento de ponerse, el dogma abandona entre las brumas del horizonte los rayos perecederos que la brisa de la noche evapora en la atmósfera; pero conserva por entero su luz inagotable, para difundirla otra vez al siguiente dia sobre la tierra de la que aparenta separarse. Guardémonos de confundir la luz con el rayo: el rayo brilla y muere; la luz se reproduce cada dia.

CAPÍTULO X.

La libertad de exámen.

I.

Parece imposible que exista en el dia cierta Iglesia que considera el derecho de exámen no solamente como una herejía, si que tambien como un insulto á la Divinidad, y que, para vengar á la majestad divina á quien creia ultrajada, haya inventado el tribunal de la Inquisicion.

El viajero que visita la España, encuentra aun en varias ciudades una construccion estraña, totalmente diversa de los edificios conocidos, con la fachada de un palacio, y el lado opuesto de una prision; pero una prision construida en forma de cláustro, con dos filas de celdas, una en el piso bajo, y otra en el principal. En estas celdas solo penetra el aire por una lumbrera abierta en el techo, y resguardada por un triple enrejado. El piso bajo está distribuido en muchos calabozos, en los que la luz no penetra sino por la puerta.

Este conjunto sirve de techo á un subterráneo abovedado y misterioso. Allí no hay mas que oscuridad continua. Una linterna cuelga del techo: grandes manchas de sebo se ven en la pared: aquí y allá una cuerda, un garfio, un escalfador y un depósito de carbon. El lodo, siempre húmedo en el suelo, está constantemente rociado, sin que pueda secarse jamás: cuando se pisa destila sangre como una esponja.

Tan siniestro edificio llevaba antiguamente el nombre de *Santa Casa*;